con una altivez sin igual; por último, al decir los dos versos

«A cuenta de este castigo
Tomad estas cabezadas»,

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y más que todo, el aire triunfal de don Pedro, enfurecieron al sobrino D. Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de ficcion escénica, arremetió con D. Pedro á bofetones; éste, viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenía hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Troya, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, miéntras D. Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre.

Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenía por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado, en tanto, sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa; y miéntras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes, se inclinó por la izquierda, y desplomándose con un estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores, y se encontraron nivelados con la concurrencia. Ésta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que *todo se habia acabado ya;* y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

(Marzo de 1832.)

LAS VISITAS DE DIAS.

«On s'embrasse, on s'étuffe à force de tendresse, et tout bas on me dit de celui qu'ou caresse.»

PICARD.

Entre las várias modificaciones que con el tiempo ha recibido la antiquísima y loable costumbre de felicitar á los amigos el dia de su nacimiento, una es la de trasladarse al del santo de su nombre; y desde entónces fué más importante el calendario, así como resultaron más clásicos que los demas algunos dias del año.—Cuando se aproximan, v. gr., el 1.° de Enero, el 19 de Marzo, el 24 de Junio, el 16 de Julio, el 8 de Setiembre, el 8 de Diciembre, ¡qué movimiento, qué vida en los talleres de sastres y modistas! ¡qué actividad en las fondas y confiterias! ¡qué cálculos entre los proveedores de comestibles!

Amanece el dia feliz, y desde muy de mañana los mercados presentan el más lisonjero aspecto; triples órdenes de ternerillos, salmones, perdices y demas familia que sustentan los tres elementos para ponerlos á disposicion del cuarto. ¡Qué dia para los mayordomos! ni la bolsa de Lóndres ofrece más animacion, más combinaciones que las que presenta á primera hora de tales dias la plazuela de San Miguel. Los compradores de las fondas y casas

grandes dan el precio de los víveres y los hacen pasar á sus oficiales; siguen su movimiento los criados asturianos y demas especuladores subalternos, y las criadas vizcaínas y alcarreñas acuden despues á espigar el resto; todos se retiran cargados, y en ménos de dos horas desaparecen de aquel recinto algunos quintales de peso.—Empieza despues el movimiento rápido de barberos, que aquel dia tienen que asistir á todos sus parroquianos á la misma hora; luégo, los peluqueros de antaño y los de ogaño, los sastres de allende y de aquende y las modistas se cruzan con los mozos de las confiterías, que sostienen en sus manos sendas fuentes con castillos de dulce, templetes, navíos, estatuas y obeliscos.....

Hay varios modos de dar los dias; el mejor, sin duda, es el que va acompañado de alguno de aquellos apéndices; pero aquí no se trata del mejor; sólo sí quisiera trazar el más elegante.

Las ocho, «el barbero»; las nueve, «el peluquero»; las diez, «el sastre.....» el sastre no parece..... ¡maldito sastre....! las once, ya está aquí;—á ver, probemos..... nada, no vale nada; lléveselo V., maestro....; las doce, «señor, la berlina de la calle del Baño.....» Vamos allá.

La primera hora está dedicada á aquellas visitas de amigos de confianza, adonde puede uno ir *de mañanita* ántes de las dos de la tarde.—«¿Adónde, señor?»—Á la calle de Atocha, número....., casa de D. Sinforiano Calabaza.—El lacayo, repitiendo la órden al cochero, cerró de un golpe la portezuela y echamos á andar.

Á este punto y hora saqué mi cartera y empecé á recapitular..... una, dos, seis, ocho, doce, diez y siete visitas..... no es nada..... En seguida me puse á contemplar las tarjetas hechas *exprofeso* para aquel dia. Grandes habian sido mis cavilaciones para hacer estas tarjetas; la elegante variedad de la moda las hace mudar tan rápidamente de forma, que apénas hay medio de seguirla..... luégo, como yo no podia adornarlas con una corona ducal, ni con un capacete, ni con una órden militar, como hacen otros, no sabía cómo disponerlas de modo que diesen golpe. Primero tuve tentaciones de hacerlas estampar en un pié cuadrado de cartulina, y el nombre cruzado en una de las puntas en letra muy menuda; pero me hice el cargo de que ya no era nuevo. Luégo quise poner las letras al reves; pero eché de ver que las volverian y quedarian al derecho. Letras góticas, alemanas, tártaras, hebreas, chinas, sirias y egipcias, todas sufrieron mi inspeccion; hasta que por último me decidí, *para mayor claridad*, por unas griegas del siglo de Perícles, y las hice estampar en cartulinas octógonas y sobre un ramaje oscuro; de manera que conseguí que no se entendiera lo que decia. Muy satisfecho de mi invencion, me felicitaba de antemano por la sorpresa que iban á causar, y apartaba para las respectivas casas las doradas, las plateadas, las azules, las encarnadas y las de tinta simpática.

En esto llegué á casa de D. Sinforiano, y al ir á entrar, me hicieron saber que él se habia marchado, huyendo los cumplidos; «pero pase V. á la sala, que ahí están las señoras.....» Las señoras no estaban, y ántes que se presentasen, ya habia yo tenido un buen rato para mirar los cuadros, atusarme el pelo, remover el brasero y leer *El Diario*. Apareció, en fin, la mamá á medio peinar y por mitad vestida, cubriéndose con una gran capa y dándome excusas de no haber salido ántes. Yo se las dí igualmente de no haber entrado despues; hasta que conociendo por su impaciencia la mala obra que estaba haciendo, tomé el partido de retirarme. Primera visita.

Llegué á la segunda casa á eso de la una, y á tiempo que entre las personas de confianza estaban ensayando en una aria coreada que habia de cantar la niña á la noche.

Mi aparicion en la sala turbó á la amable cantatriz en términos, que no hubo forma de hacerla seguir miéntras yo estuviese allí; con que, me marché. Segunda visita.

Á la otra ya me lisonjeaba de encontrar mejor acogida y no caer tan de improviso y extemporáneo; pero salió un lacayo á decirme que las señoras *no recibian*, siendo así que por las risas y el bullicio que yo oia en las piezas inmediatas no pude ménos de conocer *que habian recibido*.

Gracias á Dios, á la otra me hallé ya con la sociedad más en regla, y desde la antesala oí la animacion de la concurrencia. Entré en la sala; cortesías al frente, á derecha é izquierda. Callaron todos y callé yo; me miraron y les miré; se sentaron y me senté; por último, despues de un rato de indecision.....

—¿Usted ha visto qué tiempo, señor don Fulano? (saltó una vieja que ocupaba el flanco derecho del sofá).

«Ya, ya está bueno»; — y sobre esto nos apresuramos todos á dar nuestro parecer, amenizando cada cual la conversacion con sus observaciones meteorológicas, hasta que al cabo de un cuarto de hora se agotó la materia, y cuando empezaba á decaer, entraron otras señoras. Pasados los cumplidos y besos de ordenanza,—«¿Ha visto usted qué tiempo, mi señora doña María?—dijo la más vieja, y volvió á renovar la pasada disertacion; llegó ésta á su ordinaria frialdad, y ya iba habiendo pausa de diez minutos, cuando unas señoras se levantaron para marcharse; respondieron otras á esta señal; y luégo otras y otros, y nos marchamos todos, despues de habernos convencido cordialmente de que *hacía mal tiempo*. Otra visita.

La siguiente era de una Pepita, bella como un ángel y elegante como la que más. Hervia la sala en jóvenes primorosos, oficiales y paisanos. Pepita, vestida muy sencillamente, aparentaba no ser el objeto de la reunion, miéntras su mamá, su abuela, su tia y hermanitas ofuscaban con sus ricos trajes y elegantes peinados. Variado absolutamente el aspecto de éstos, y habiendo sustituido toda la riqueza del órden corintio á la sencillez dórica, apénas pude reconocer al pronto á ninguna de las personas de la casa, á quien veia casi diariamente; reíanse de mis excesivos cumplimientos, y me hablaban con mucha franqueza, agitando los abanicos, hasta que, en fin, ¡pobre de mí! acerté á distinguir las *inveteradas* facciones entre aquellos encajes y pedrerías..... Allí la conversacion fué más alegre, más sustancial..... se habló de la ópera; ¡oh qué cosas tan *virtuosamente dilletantis* se dijeron por aquellos señores! ¡Qué de reputaciones teatrales fueron á pique! ¡Qué de otras subieron á las nubes.....! Por último, convinimos todos en que *ahora no hay ópera*, con lo cual salimos tan satisfechos unos de otros.

Desde aquí me dejé caer en una casa á la antigua, cuyo amo, jefe de una oficina principal, dió punto á sus progresos en el año de 1806, en que subió á su destino, y desde entónces para él el siglo ha permanecido estacionario. En vano sus hijos y nietos le impelen á marchar en él; fijo en sus antiguos usos, sólo les opone una desdeñosa compasion. Entré en la sala y me lo encontré sentado en medio de su familia, con su vestido serio de rico paño, peluca nueva y pechera de encaje. Vino á abrazarme cuando me vió, y me presentó á los suyos con una franqueza y amabilidad sin igual. Componíase la reunion de antiguos empleados, abogados y comerciantes, várias señoras respetables, y algun otro jóven, hijos de éstos ó meritorios de la oficina, que se ocupaban más que ligeramente de la posteridad del señor don José; y á juzgar por las tiernas miradas de las nietecitas, me persuadí que acaso muy pronto le harian subir *legalmente* una casilla más arriba en su árbol genealógico.

La conversacion era animada, alegre y vária, y distraido con ella se me pasó el tiempo, hasta que, oyendo las tres, se levantó D. José para rogarme que me quedára á *hacer penitencia:* neguéme absolutamente á ello, pero no pude excusarme al convite del refresco por la tarde, ni á una entrada de Jerez y bollo maimon que circuló entre los asistentes, y de la cual se me hizo doble participante. Alegre y satisfecho dejé esta amable reunion, despues de desear muy *felices dias* al amo de la casa, *en compañía de señora y niñas*, repetir á éstas la misma cancion, dar la mano á todos los concurrentes, y retirarme, procurando olvidar las cortesías y las medias palabras.

De aquí datan las visitas de alto tono, las que despaché en un instante; en unas hacía desde el coche subir la tarjeta con la apostilla *en persona.* En otras sentaba mi nombre en una lista preparada por el portero; en otras entraba, hacía tres cortesías, me sentaba, me levantaba, hacía seis inclinaciones y me retiraba. En algunas terciaba un momento en la conversacion general, que era siempre sobre los dos puntos consabidos : tiempo y ópera. Deseando darla pábulo, tomaba en unas la defensiva de lo mismo que habia atacado en la anterior, y á lo mejor me encontraba con que el lejano interlocutor con quien cruzaba mi disputa era uno que en la visita última me sostuvo lo contrario. ¡Qué de contradicciones, qué de repeticiones, qué de invenciones oí á todos sobre lo mismo que habian dicho á mi vista! ¡Qué de críticas de las casas anteriores! ¡qué glosas sobre los trajes, los dichos, los hechos y los pensamientos! Estando en esto, solia entrar uno de los actores del cuadro en cuestion, y todos callaban; salia poco despues, y allí era ella..... ¡qué complots! ¡qué sátiras....! ¡qué mala fe....! ¿Y es ésta nuestra buena sociedad....?

Conociendo, en fin, por las miradas, las sonrisas y los

secretitos al oido, que me habia tocado la suerte de quedar en berlina, corrí á meterme en la mia, abandonando un campo donde el más atrevido y el más hablador es el que luce á costa del hombre modesto y apocado.

En este punto dieron las cuatro, y me trasladé á la última casa, donde estaba convidado á comer. Llegué á ella cuando se iban reuniendo los convidados, lo cual no tardó en verificarse del todo. Ibame yo poniendo al corriente de los distintos caractéres que formaban la reunion, cuando anunciaron la sopa. Pasamos al comedor y..... pero la comida ya pica en historia, y merece por sí capítulo aparte.

(Marzo de 1832.)

LOS COMICOS EN CUARESMA.

«Y con todo esto, son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las visitas de recreacion, y como lo son las cosas que honestamente recrean.»

CERVÁNTES. *Lic. Vidriera.*

«Amigo mio: Hallándome comprometido á quedarme en el presente año con el teatro de esta ciudad, y conociendo la aficion de V. á estas cosas, le ruego y espero de su amistad se sirva proporcionarnos una buena compañía, pues en ésa, donde se hallan actualmente la mayor parte de los actores, será cosa fácil, y más para V. No me extiendo á más, porque V. comprende mi idea, y sólo me limitaré á manifestarle que el tiempo urge, y que no da ya lugar para una negativa. Adios, amigo mio.»

Tal, punto por coma, fué la epístola con que los dias pasados se me insinuó mi corresponsal de....., poniéndome con su contenido en uno de los apuros mayores en que me vi en la vida; porque, si bien es cierta mi aficion al teatro, tambien lo es que nunca ha pasado más allá de la orquesta, y que para mí sus interioridades son tan desconocidas como las islas del polo.

Pero, en fin, despues de haber cavilado tres cuartos de hora con la carta en la mano, hirió mi imaginativa el feliz recuerdo de *D. Pascual Bailon Corredera*, el hombre más á propósito de este mundo para sacarme del empeño.—Porque este D. Pascual es un hombre de vara y tercia, que entra, sale y bulle por todas partes, y tan pronto se le halla en la antecámara de un ministro, como en los bastidores de un teatro, ya paseando en landó con una duquesa, ya sentado en una tienda de la calle de Postas: ora disponiendo una comida de campo, ora acompañando á un entierro, ó disputando en una librería, ó pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia.

Este era el hombre, en fin, que yo necesitaba, y sin perder momento corrí á avistarme con él; halléle componiendo su itinerario del dia (del que, en gracia de la brevedad, hago gracia á mis lectores); mas luégo que le hube enterado de mi negocio, varió de plan, aceptó mi encargo, y convenidos en un todo echamos á andar para desempeñarle. Don Pascual, sin manifestarme adónde me conducia, me persuadió de que al momento encontrariamos gente conocida entre los venidos de las provincias, y que de un golpe nos pondrian en el justo medio de nuestra negociacion.

—«Porque ya sabe V., añadió, que durante la Cuaresma, en que se cierran todos los teatros, hasta el domingo de Pascua, en que empieza el nuevo *año cómico*, *bajan* á Madrid los *autores* ó *formadores* de las compañías, los cómicos y acompañamiento, y realizados aquí los ajustes, salen para los puntos respectivos, formando una compañía; por lo regular, el empresario, que suele ser un actor antiguo ó un individuo unido al teatro por lazos de consanguinidad, reune las *partes* que le convienen, y sin más adelanto que el preciso para gastos del viaje y algunos dias de asistencia á toda la compañía, cobra despues durante las funciones de todo el año el 25 por 100 ó más del capital adelantado; y para hacer el reparto del producto de aquéllas con proporcion, se figura á cada individuo lo que se llama *partido;*—v. gr.—A, primer galan, entra con partido de 40 reales; B, con 30, y C, con 20; siendo la entrada 225 reales, tocará al primero 100 reales, al segundo 75, y 50 al tercero, á razon de *dos partes y media;* pero como el producto en las provincias es corto, por muchas causas, apénas llegan á cobrar más de *media parte* ó *un cuarteron* del partido; así que no es de extrañar la miseria en que generalmente se ven los cómicos *de la legua*, y áun los de las primeras capitales de provincia. Sólo en Madrid, Barcelona y alguna otra ciudad pueden subsistir con decoro y dárselo tambien á la escena; las demas son compañías de *pipirijaña*, como ellos dicen.

—¿Y hacen ellos esa distincion?

—Esa y otras muchas, aunque ya con el trascurso del tiempo van olvidándose; pero si quiere V. enterarse por menor de ello, lea V. el famoso Agustin de Rojas, quien en su *Viaje entretenido* nos dejó una graciosísima explicacion de las ocho maneras de comparsas de representantes, á saber; *Bululú*, *Ñaque*, *Gangarilla*, *Cambaleo*, *Garnacha*, *Bogiganga*, *Farándula* y *Compañía*. Léala usted, pues, que es rato divertido.

—Pero ahora no subsisten ya esas distinciones.

—Sin embargo, con poca diferencia la cosa en el fondo es la misma; no es esto decir que en el dia vayan forrados de carteles como el famoso Melchor Zapata del Gil Blas; pero tambien es la verdad que suelen andar sin forro de ninguna clase; y áun empeñado el año siguiente para comer el actual. En fin, ya llegamos al punto céntrico, y lo que en él vamos á ver suplirá mis explicaciones.»

Al decir esto, hicimos alto en la embocadura de la calle Ancha de Peligros, y enfilamos por medio la espaciosa puerta del parador de Zaragoza y Barcelona (1), que, segun mi amigo, es desde tiempo inmemorial el central depósito de toda gente de teatro advenediza; atravesamos el zaguan, subimos la escalera, y siguiendo lo largo de los corredores, se nos ofreció á la vista una multitud de habitaciones, todas abiertas, todas disponibles y todas llenas de mujeres cantando, viejos que fumaban, ó chiquillos alborotadores. Acercámonos á una, de donde oimos salir grandes voces, y creimos asistir á una pendencia de provecho; mas toda ella se reducia á un cigarro que habia faltado de cierta petaca; aunque los interlocutores, á fuer de *damas* y *galanes nobles*, chillaban tanto y tan recio, y accionaban con tal calor (fuerza de la costumbre), que al pronunciar una de las damas esta terrible amenaza :

«Dame el cigarro, ó las habrás con Roque»,

hubimos de entrar de *partes de por medio* para terminar aquella escena, que podria figurar airosamente en uno de los dramas modernos.

Arrancada que fué á la lid aquella heroína, restituida súbitamente á la calma por una de aquellas transiciones rápidas que son tan frecuentes en el mundo *de carton*, separadas las melenas nada airosas que cubrian su pronunciada faz, y enjugados aquellos luceros, que el coraje habia eclipsado:—«¿Es V., mi querida Narcisa? (exclamó Don Pascual con un arrebato verdaderamente dramático).—¡Don Pascual! Usted..... pues..... ¡quién habia de pensar.....!—¡Ingrata! y ¡qué poco ha conservado

(1) Estaba en la casa inmediata al café Suizo.

usted la memoria de mi cariño!—¡Ingrato! y ¡cuán mal ha pagado V. mi amor!»

La explicacion iba siendo vehemente, y yo entre tanto hube de tomar el recurso de reconocer el vestuario, que pendia colgado de sendos clavos alrededor de las paredes del cuarto. Llamóme primero la atencion un pantalon azul, un marsellés de calesero, y una cortina de muselina blanca en forma de turbante, sobre cuyo atavío habia un carton que en letras gordas decia : «*Traje de Otelo y demas moros de Venecia y de otras partes.*»—Más allá un tonelete, una coraza y una peluca á la Luis XIV llevaban por distintivo : «*Traje de Cárlos V sobre Túnez.*»—Una mantilla de tafetan con lentejuelas, y un vestido de percal frances : «*Traje de Dido y tambien de la viuda de Malabar, con un crespon negro.*»—Un tontillo, una escofieta y un jubon de faldillas : «*Traje de Semíramis en la Esclava del Negro Ponto, y demas comedias de Moratin.*»—Un pantalon de mahon *figurando carne*, una camisa de mujer y un cinto de cuero : «*Traje de Isidoro en el Oréstes.*»—Y por este estilo iba siguiendo todo el equipaje, hasta unos ocho ó diez trajes de ambos sexos. Pero en llegando aquí, escuché claramente la voz de D. Pascual, quien despues de un buen rato de cuchicheo preguntaba á Narcisa por su marido.—No sé, contestó ella; ya sabes (y advierta de paso el lector que se habian apeado el tratamiento) que por aquella carta tuya con tu sortija, que me sorprendió, huyó de mí, dejándome en Málaga, donde creo que se embarcó, y hace diez años que.....—Pues luego ¿esos trajes de moros y cristianos.....—Esos trajes son..... son.....—¿De quién, ingrata?—Del segundo galan.

A este punto ya creí yo poder terciar en la conversacion y preguntar á entrambos cuándo podriamos empezar nuestra contrata.—Ahora mismo, contestó D. Pascual; por de pronto ya tenemos dama.—Fáltanos, sin embar-

go, el galan, á ménos que V.....—El galan (replicó Narcisa) le hallarán VV., con todos los demas compañeros, en la plazuela de Santa Ana; hablándole á V. con franqueza (añadió en voz baja á D. Pascual), él no es gran cosa, pero.....—Lo demas de la explicacion no lo pude oir. Levantóse de allí á un momento mi amigo, y despidiéndonos de Narcisa, emprendimos la marcha hácia la plazuela.

Hervia ésta en corrillos en el punto en que la pisamos. Hombres de todas edades, trajes y cataduras, corrian se agitaban, se reunian, se separaban, hablaban á voces, hablaban en secreto, y de esta mezcla, de esta actividad resultaba un espectáculo singular; aquí un grupo de cuatro, vestidos, cuál con pantalon de verano, casaquilla gris y gorrita francesa; cuál con su gran capa color de corteza y sombrero calañés, trataban de formar una compañía bajo la bandera de uno de levita blanca, á quien todos agasajaban y perseguian; más allá se disolvia estrepitosamente otra; de un lado se cerraba un ajuste, y ambos contrayentes corrian á firmarlo al inmediato café de Venecia; del otro se armaba una disputa entre dos interlocutores sobre su mérito respectivo.

Formando el primer término de este cuadro, y entre la acera de la calle del Prado y los árboles de la plazuela, se dejaban ver en numeroso grupo los individuos de las compañías de la córte, manifestando en sus modales y en su vestido el buen tono y la elegancia. Hablaban de sus teatros, de sus empresas, encarecian sus protecciones, despreciaban sus sueldos, se lamentaban de la decadencia del arte, animábanse contra la boga de la ópera, contaban las intrigas de bastidor, y cuchicheaban en voz baja sobre los que ya *habian firmado*. Por vía de sainete se reian de los pobres advenedizos, y con cuestiones malignas ó alabanzas exageradas, contribuian á mantenerlos en su pe-

tulancia y disputas eternas, y en acabando éstas, las hacian volver á empezar.

Don Pascual y yo nos dirigimos á los cortesanos á fin de que nos prestasen el auxilio de sus luces en nuestra ardua operacion; hiciéronlo así, y llamando por sus nombres á varios, nos los presentaron como *galanes*, *barbas*, *graciosos*, *característicos* y *partes de por medio*. No bien corrió la voz de que éramos *formadores*, nos empezaron á sitiar, á acosarnos, á embestirnos por todos lados, y miéntras un galan de cincuenta y ocho años nos explicaba su ternura tirándonos del boton de la casaca y humedeciéndonos con el rocío que salia por entre su despoblada dentadura, un barba mal encarado, con voz cigarreña y aguardentosa, nos hablaba de su formalidad; y el gracioso, subido en un guardacanton, nos ensordecia á gritos para hacernos reir. Estando en esto sentí por la espalda unos golpecitos de baston, y me encontré con un hombre de mala traza, que me llamó aparte.

—«Pues, señor (haciéndome tres cortesías), no he podido ménos de compadecerme al considerar que le ha rodeado á V. la escoria del arte; porque ha de saber V. que ésos son de los que nadie quiere, y de los que llegará el domigo de Ramos y tendrán que reunirse en una compañía de *conformes*, como decimos nosotros.»—Y con esto se fué extendiendo lo mejor que supo en pintarme los defectos de varios de ellos; aunque, á decir verdad, sospeché por su explicacion que él debia ser el peor de todos. Los demas nos miraban con sospecha, y yo la tuve de que adivinaban nuestra conversacion, en tanto que los de Madrid, con risas y señas, me daban á entender el concepto que les merecia mi oficioso interlocutor.

Tratábame ya de desembarazar de él á toda costa, cuando el nombre de *Narcisa*, que pronunció, me hizo caer en la cuenta de que el tal era el suplente del marido

de la dama de mi amigo, con lo cual llamé á éste y le dejé con él miéntras que yo me salvé entre los de Madrid, que me convidaron á ver por mí mismo la gracia de mi consultor en un *particular* que celebraban á la noche.—¿Y qué es un *particular?* repliqué yo.—Llámanse así, me contestó uno de los mesurados, las tertulias de exámen que suelen celebrarse en casa de algun actor para oir á los de las provincias. El nombre se ha conservado de lo antiguo, por la costumbre que habia de representar en las casas de los magnates y sujetos particulares.

«Solian, con efecto (dice Pellicer), los señores, los togados y la gente principal llamar á los comediantes á sus casas para que hiciesen en ellas algunos *pasos* (y áun comedias), y cantasen, despues de haber representado en los *corrales;* y á esta diversion casera llamaban *un particular.*»

—Que me place, dije yo, y acepto gustoso el convite á nombre de mi amigo y mio.

Con esto y con dejar citados á varios para el siguiente dia en nuestra casa, salimos de la plazuela, discurriendo alegremente sobre lo que habiamos visto, hasta que llegada que fué la noche, marchamos al convite. Ya la sala estaba henchida de damas y galanes, de literatos y curiosos que habian acudido á aquel certámen artístico. Tuvo principio éste con várias relaciones de *La Moza de Cántaro, La Vida es sueño* y el *Tetrarca de Jerusalen*, repetidas con el énfasis y los manoteos de costumbre; luégo siguieron várias escenas chistosas y remedos de animales (en los cuales algunos no se hacian gran violencia), y se reservó para final una escena trágica de *Otelo* entre la bella Narcisa y su compadre el galan de la plazuela.

Difícil sería pintar la originalidad del modo de representar de éste; sus inflexiones, sus suspiros, sus movimientos; sólo diré que era cosa de deshacerse en lágrimas de risa; así como al contrario, la dama, por su naturalidad, hacía nacer sentimientos diferentes. Brillaban, al oir los aplausos á ésta, los ojos de D. Pascual, si bien alguna vez los dejaba caer con desconfianza hácia la puerta de la alcoba, donde ademas se apercibia un hombre embozado y en pié. Lleno de curiosidad, preguntó quién era aquel sujeto misterioso, y se le contestó que un excelente actor venido de fuera, pero que no queria representar aquella noche.

En tanto, la escena entre Narcisa y Roque (Otelo y Edelmira) fué animándose hasta el punto en que dice ésta:

. . . . . «Todo me mata,
Todo va reuniéndose en mi daño.....»

—«Y todo te confunde, desdichada»,

prorumpió un grito agudo lanzado de la alcoba. Las miradas de todos se dirigieron rápidamente hácia aquel punto; pero ya el embozado interruptor habia franqueado de un salto el espacio que le separaba de su víctima, habia soltado la capa, y cogiendo del brazo á aquélla,

«Mírame, ¿me conoces?..... ¿me conoces?.....»,

la dice con toda la verdad y rabiosa expresion que en tal verso animaba al célebre Maiquez. Un grito de Edelmira fué la única contestacion, y cayó sin sentido. Los circunstantes nos deshaciamos á aplausos y bravos, y éstos crecieron al oir al nuevo Otelo dirigir á la infeliz estas palabras:

«El cielo soberano te castiga
Por un medio distinto..... ¿Ves la carta?
Pues mira la sortija, aquí la tienes.»

Pero viendo que Edelmira nada respondia; que el galan primero, amostazado con el nuevo aparecido, se disponia á recobrar su puesto, y que éste no mitigaba su encono, llegamos á sospechar que allí podria haber algo más que fingimiento; y por mi parte adiviné de plano la causa, viendo escurrirse bonitamente á D. Pascual, diciéndome al despedirse . « Es él..... »

Apresurámonos todos á volver en sí á Narcisa y su marido (que tal era el nuevo Otelo), y conduciendo gradualmente el negocio, vinimos al fin de media hora á una reconciliacion conyugal, que terminé yo apalabrando á entrambos para mi compañía. En cuanto á Roque, desapareció de nuestra vista, y es fama que aquella noche no durmió ya en Madrid.

En los siguientes dias acabé de contratar la comparsa, hasta que, reunidos en número de catorce, ajusté una gran galera, donde se empaquetaron entre cofres y maletas, y escribí á mi amigo una carta de *remesa*. Al cabo de unos dias me ha acusado el recibo del cargamento sin avería de ninguna especie.

(Abril de 1832.)

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

> «Plácenme los cuadros en narracion; en cuanto á los de lienzo, aunque no dejo de hablar de ellos, como tantos otros, confieso francamente que no los entiendo.»
>
> DIDEROT.

Así lo ha dicho un autor frances; por supuesto que lo decia en frances, porque tienen esta gracia los escritores de aquella nacion, que casi todos escriben en su lengua; no así muchos de nuestros castellanos, que cuando escriben no se acuerdan de la suya; pero, en fin, esto no es del caso; vamos á la sustancia de mi narracion.

Yo queria regalar á mis lectores con una descripcion de la Romería de San Isidro, y para ello me habia propuesto desde la víspera darme un madrugon y constituirme al amanecer en el punto más importante de la fiesta. Por lo ménos tengo esto de bueno, que no cuento sino lo que veo, y esto sin tropos ni figuras; pero viniendo á mi asunto, digo que aquella noche me acosté más temprano que de costumbre, revolviendo en mi cabeza el exordio de mi artículo.